

**Reseña :**

**Los mitos de la democracia chilena desde la conquista hasta 1925**

**Autor: Felipe Portales** Catalonia, Santiago, 2004, 464 páginas  
**Rafael Gumucio Rivas\***

Felipe Portales es un ensayista profundo y documentado. En su libro anterior, *La democracia tutelada*, denunció valientemente la tutela militar y reaccionaria de la llamada "Democracia de la Transición", que ha sido posible por la conversión de los líderes antidictatoriales al modelo neoliberal imperante y la timidez de los gobiernos de la Concertación, respecto a las presiones de un ejército profundamente antidemocrático, dirigido por uno de los más corruptos dictadores de América Latina.

En *Los mitos de la democracia chilena*, Felipe Portales se aboca al estudio de nuestra historia nacional, desde la Conquista hasta 1925. Este libro es mucho más que una simple monografía: pretende ser el primer tomo de una historia nacional, escrita desde una perspectiva de derechos humanos, muy diferente a la historiografía conservadora, cuyo signo central es la concepción del siglo XX democrático como una perpetua decadencia, desde el dorado período autoritario del régimen portaliano hasta la penetración de las capas medias y, finalmente, el triunfo de un proyecto democrático popular con Allende. A su vez, Felipe Portales, con razón, difiere del obrerismo y de la mecánica concepción economicista de los procesos históricos de que hacen gala Hernán Ramírez Necochea, Luis Vitale, y Julio César Jobet.

El libro se titula *Los mitos de la democracia* lo cual significa, según su etimología, leyendas o relatos. ¡Qué más mitológico que los araucanos presentados por el poeta Ercilla, que por amor eran transformados en grandes héroes, asimilables a la mentalidad del conquistador! Los personajes Caupolicán, Lautaro, Galvarino, Fresia, Colo Colo, y otros, son más bien una invención que una copia de la realidad, así como los héroes en la mitología griega, cuestionada por filósofos como Sócrates y Platón. Este mito fundacional ha influido decisivamente en el doble estándar con que el romanticismo de los héroes de la independencia chilena consideró a nuestros predecesores. El modelo clásico, indómito y luchador y la realidad actual: el indio flojo, borracho, abusador y violento. Los chilenos, durante el siglo XIX, fueron mucho más genocidas que los conquistadores: los relatos de crímenes cometidos contra los indígenas espantan a cualquier conciencia sana y respetuosa de los derechos humanos; en Magallanes se coleccionaban penes de indios asesinados; en la Araucanía se les mataba o se les cortaba las orejas y la lengua, sin mencionar otro tipo de tormentos.

El mito tiene también otra acepción, desarrollada por el gran filósofo cristiano, Emmanuel Mounier, quien proponía una lucha sin cuartel contra los mitos autoritarios del siglo XX: el estalinismo y el fascismo. En este caso el mito es, claramente, una falsificación y embellecimiento de la realidad que, necesariamente, hay que combatir en la búsqueda de la verdad histórica. La democracia chilena, hasta 1925, ciertamente fue un mito: en primer lugar, en el siglo XIX, tanto en su

etapa pelucona como liberal, los presidentes entendían la democracia sólo como la expresión del poder autoritario del jefe del gobierno y de su camarilla; por ejemplo, el mitológico Portales no tuvo nada de la autoridad impersonal atendida a la ley, inventada por el spengleriano Alberto Edwards. De la ley, de las constituciones, del respeto por los opositores, este pragmático del poder se burlaba a mandíbula batiente. Para él, los chilenos se dividían entre los buenos y los malos siendo los primeros borregos, seguidores del poder y, los segundos, los rebeldes, como O'Higgins, Freire y los Pipiolos. "El peso de la noche" no es más que la inexistencia en Chile de personas creativas, nerviosas y contestatarias. Es por el oscurantismo, provocado por los borregos y serviles, que este país no perdonó ni siquiera las cenizas de ese gran revolucionario latinoamericanista, Francisco de Bilbao, y es quizás el único caso en América que un porcentaje de la población siga haciendo homenajes a uno de los peores tiranos de América, cuyo caso de latrocinio a los fondos fiscales, sólo es equivalente al del "Benefactor" Rafael Leonidas Trujillo, de República Dominicana.

Felipe Portales cita una frase del ministro Diego Portales, que retrata de cuerpo entero su desprecio por la ley: "En Chile, la ley no sirve para otra cosa que no sea producir la anarquía, la ausencia de sanción, el libertinaje, el pleito eterno, el compadrazgo y la amistad... De mí sé decirle, que con ley o sin ella, esta señora que llaman la Constitución hay que violarla cuando las circunstancias son extremas. Y qué importa que lo sea, cuando en un año la parvulita ha sido tantas por su perfecta inutilidad" (pág.5). Con razón, el historiador Alberto Edwards sostenía que el Chile era una república solamente porque no existía el principio dinástico. Pienso que Chile republicano murió el 11 de septiembre de 1973. Hoy tenemos el dominio de una casta carente de virtud y heredera del autoritarismo, y el presidente de la república tenía y tiene más poderes que cualquiera de los reyes absolutos Borbones. Por ejemplo, en el siglo XIX era el único elector: su voluntad de hierro se imponía en las provincias por medio de los gobernadores, instrumento servil del poder. Durante todo el período autoritario y liberal, los partidos opositores fueron excluidos del senado de la república; el cargo de presidente era el resultado de la nominación de su antecesor en el poder. Nunca pudo vencer un opositor por más popular que fuera. Así cayeron derrotados el empresario emprendedor, Urmeneta, el triunfador de la Guerra del Pacífico, Manuel Baquedano, Benjamín Vicuña Mackena, el progresista intendente de Santiago y gran historiador, José Francisco Vergara el brillante ministro de Santa María. El solo apoyo de los conservadores significaba la automática pérdida del favor presidencial y el exilio político.

Durante el régimen autocrático de los decenios fueron perseguidos los pipiolos y, a partir de los gobiernos liberales, aliados a los radicales, lo fueron los conservadores. Solamente dos o tres próceres de este último partido pudieron llegar al senado: Carlos Walker, Manuel José Irarrázabal y Zorobabel Rodríguez. De tanto estar lejano al poder, el partido conservador se convirtió en el más radical defensor de las libertades públicas. Felipe Portales cita una conversación entre ese hombre de principios que era Abdón Cifuentes y el autoritario presidente Federico Errázuriz Zañartu: ingenuamente, pregunta al presidente cuándo va a haber en Chile elecciones libres de la intervención del poder ejecutivo, respondiéndole Errázuriz que jamás el poder ejecutivo haría dejación de su facultad de nombrar a dedo a parlamentarios.

Quien, dentro de los gobiernos liberales, planteó con más cinismo este desprecio a la democracia, fue Domingo Santa María al corregir al autor de su biografía: "Entiendo el ejercicio del poder como una voluntad fuerte, directora, creadora del

orden y de los deberes de la ciudadanía. Esta ciudadanía tiene mucho de inconsciente todavía y es necesario dirigirla a palos (...). Entregar las urnas al rotaje y a la canalla, a las pasiones insanas de los partidos, con el sufragio universal encima, es el suicidio del gobernante, y no me suicidaré por una quimera. Veo bien y me impondré para gobernar con lo mejor y apoyaré cuanta ley liberal se presente para preparar el terreno de una futura democracia. Oiga bien: futura democracia" (pág.5). Las caricaturas de la época de Balmaceda presentan al marqués Irrarrázabal como un peligroso comunero, amigo de Luisa Michel, que por esos días visitaba a Chile. Mi abuelo, Rafael Luis Gumucio, fue toda su vida un encarnizado defensor de las libertades públicas que, según él, constituían el centro de la doctrina conservadora, y se alejó del partido cuando éste apoyó al fascismo en la guerra de España, y al ex dictador Carlos Ibáñez en los años cuarenta.

Felipe Portales dedica un capítulo completo a destruir la mitología difundida por historiadores marxistas como Julio César Jobet, Luis Vitale y Hernán Ramírez, en el sentido de que Balmaceda, uno de los tantos suicidas heroicos de nuestra historia, habría sido un líder aristocrático, un liberal rojo, que defendió la industrialización y la nacionalización del salitre, coincidiendo con la tesis del historiador británico, Blakemore. Felipe Portales ubica el conflicto, que llevó a la más feroz guerra civil del siglo XIX, en su verdadera dimensión multicausal, superando así el mecanicismo de algunos historiadores marxistas que supeditan los procesos históricos al aspecto económico. Es cierto que existió un compromiso, bastante corrupto, entre los parlamentarios y las empresas salitreras inglesas; sin embargo, como lo sostiene Blakemore, los intereses de Thomas North, más que todo un especulador de la Bolsa de Londres, eran contradictorios con otras compañías también inglesas, como la casa Gibss. Es difícil pensar en una política nacionalizadora en el contexto ultraliberal, predominante en el Chile del siglo XIX; sin embargo, la oligarquía del pasado, al menos, cobró el 50% de la venta del salitre, y la actual Concertación en el gobierno apenas propone el 3% de la venta del cobre, que prácticamente ha triplicado su precio de 80 centavos a un dólar veinticinco la libra. Mucho más antipatriótica es la posición de los herederos de Pinochet, que se niegan a aprobar cualquier impuesto a las abusivas y expoliadoras empresas extranjeras.

El conflicto de 1891, a pesar del acercamiento demagógico de Balmaceda a discursos antioligárquicos, fue sólo una ruptura entre la mayoría de los partidos políticos y la aristocracia chilena, donde las mujeres y los sacerdotes jugaron un papel esencial en la llamada "lucha contra la dictadura". Remito al lector a la obra de Fidel Araneda Bravo, *Obispos y sacerdotes en la revolución de 1891*,<sup>1</sup> que contiene discursos ponzoñosos contra el presidente mártir, enviándolo de patitas al infierno. Por lo demás, en las tres guerras civiles del siglo XIX se produjo una alianza entre conservadores y radicales en contra del autoritarismo político, sin considerar para nada sus diferencias respecto a la teología y la educación. El único partido, que a fines del siglo XIX, representó a los intereses populares se dividió ante el conflicto entre Balmaceda y el parlamento. El líder Malaquías Concha apoyó a Balmaceda y Antonio Poupin fue un ardoroso partidario del parlamentarismo, que desapareció en la Matanza de Lo Cañas. El joven Recabarren repartía, en Santiago, panfletos contra el "dictador". El mito de Balmaceda obedece a una construcción posterior realizada por presidentes autoritarios, partidarios del predominio del ejecutivo, como Arturo Alessandri Palma, el dictador Carlos Ibáñez del Campo, quien incluso recibe la piocha que legara el presidente Balmaceda a uno de sus parientes, para ser entregado a quien mejor representara sus ideales autoritarios. Tanto Eduardo Frei Montalva, como Salvador Allende continuaron la mitología del nacionalismo de Balmaceda.

En el capítulo llamado "La república oligárquica", Portales sintetiza con gran lucidez las características principales de este período, tan parecido a la actual transición a la democracia. La revolución del 91 logró reducir al presidente a un papel de reina Victoria, de estafermo o de piedra en el camino: todo el poder pasó a los partidos políticos, a los clubes, a los círculos oligárquicos. La llamada tribu de Judá pasó a ser dueña de la escena política: cuando un siútico, como Eliodoro Yáñez Ponce de León, pretendió aspirar a la presidencia de la república, la tribu de Judá le indicó que ese cargo no era para él. Don Eliodoro bajó la cerviz, como no era raro en la arribista clase media.

Al Presidente, único elector, lo reemplazó el poder de los podridos municipios que manejaban a su amaño las inscripciones electorales, aun haciendo votar a los muertos. Como lo relata mi abuelo, Manuel Rivas Vicuña, el régimen electoral estaba completamente corrompido: las elecciones no dependían de los votantes, sino de los gamonales y mayordomos de los grandes latifundistas aristocráticos. Por ejemplo, hasta su muerte, Fernando Lazcano fue dueño absoluto del electorado de Curicó y, prácticamente regaló la diputación de esa provincia a sus hijos políticos Arturo Alessandri Palma y Manuel Rivas Vicuña. Como todo caballero chileno, Fernando Lazcano no habló nunca sobre ningún importante proyecto de ley. Los autoritarios chilenos, no sé por qué, están convencidos que no opinar es un signo de inteligencia; Federico Errázuriz era dueño de toda la provincia de Colchagua y, desfachatadamente, trajo a los huasos de su provincia a Santiago, disfrazados con ponchos iguales. En uno de esos típicos empates se compró a dos electores que le permitieron manipular el resultado electoral logrando, con el cínico apoyo de sus parientes, la tan ambicionada presidencia de la república.

Mi padre, Rafael Agustín Gumucio, me contaba sobre las distintas formas que tenía la oligarquía para controlar a los cohechados, por ejemplo, bastaba contratar a un matón que golpeará al primero de la fila para votar, y así asustar al resto del rebaño previamente cohechado. Además existía el voto brujo y siempre votaban los muertos. Un profesor de derecho constitucional consideraba el cohecho como un justo correctivo del sufragio universal, que pretendía igualar el voto del hombre culto con el del analfabeto, del rico con el pobre, del indígena y el bandido, con el de "la gente como uno". Incluso Portales relata una curiosa rifa de ganado a favor de los votantes del candidato Zañartu. Mi abuelo, Manuel Rivas Vicuña, relata en su *Historia parlamentaria* el desagrado de los cohechados cuando en un distrito los candidatos se ponían de acuerdo no pagando por el voto. Como hoy, una senaturía valía tantos millones de pesos y una diputación otro tanto. Un hombre sabio, líder del partido conservador, Abdón Cifuentes, fue desplazado por un candidato más rico. Si leyéramos con más atención las obras de historiadores reaccionarios como Encina, Vial Correa, Eyzaguirre y otros, descubriríamos, con facilidad, cuál fue la fuente del discurso de Pinochet en 1976, de inauguración del año académico de la Universidad de Chile, repitiendo que el sufragio universal no es la única fuente del poder político.

El trabajo de Portales aporta antecedentes muy interesantes respecto del absurdo sistema binominal imperante. Como lo relata Manuel Rivas Vicuña, en la reforma electoral de 1911, el más antidemocrático de los parlamentarios, el nacionalista Alberto Edwards, propuso un sistema que dividiera al país en distritos muy pequeños y en cada uno fueran elegidos dos diputados, garantizando así que una minoría que obtuviera un 33,34 % podría igualar a quien obtuviera un 66,6 % de votos. El objetivo era claro: asegurar así la igualdad entre la mayoría y la minoría. Por lo demás, salvo la lucha teológica, en los temas económico-sociales, todos los

partidos concordaban. Ya en 1910, el partido demócrata se había transformado en una bolsa de empleo, útil para gente de origen no aristocrático que deseaba arribar al poder. En el gobierno de Juan Luis Sanfuentes los demócratas accedían a los ministerios. Por ejemplo, el porteño Ángel Guarello fue el primer demócrata miembro de un gabinete. Desde entonces, nunca abandonaron este insaciable apetito de mantenerse en los puestos públicos, muriendo este partido sin pena ni gloria, al convertirse en el Padena que medró durante el gobierno de Eduardo Frei. El partido liberal democrático, al igual que el socialista en la actualidad, a los pocos años abandonaron los principales ideales de ambos presidentes heroicos.

Con cinismo, los liberales democráticos sostenían que ya pasó la época de los grandes discursos y utopías, que son inútiles los Bello, los Santa María, los Bilbao, los Letelier... Ahora llegó la época del hombre nuevo, moderno, cuyo único objetivo es enriquecerse; el arquetipo es el afortunado marrullero político y especulador de la Bolsa, hombre sin escrúpulos y sin principios, que un día prende una vela a San Miguel y al otro se viste de mandil, y adora al gran arquitecto. No son muy diferentes los venales lobistas actuales Correa, Tironi y Brunner, quienes antes adoraban a Marx y Lenin, y hoy son discípulos aventajados de los más connotados neoliberales. El partido radical, según Valdés Cange, era el propietario de la educación pública y parece que desde allí empezó el famoso "cucharón", es decir, militar para medrar del Estado. Los nacionales no eran más que un partido de banqueros y los liberales, una federación de caudillos, unos más proclives a los conservadores y otros a los laicos radicales.

El otro aspecto en que se parecen la Concertación y el parlamentarismo es en la espúrea mezcla entre negocios y política. Felipe Portales detalla las relaciones entre los dirigentes y parlamentarios con las empresas: Barros Luco formaba parte de un banco, Alessandri era abogado de las salitreras, lo mismo Zegers y Altamirano, el débil presidente Riesco se atrevió a defender un banco arruinado, buscando el salvataje del Estado. Nada muy distinto a la deuda subordinada, que nos dejó como herencia Pinochet y que no se ha visto, a pesar de las enormes ganancias del sistema bancario, el deseo de rembolsar ese dinero que pertenece a todos los chilenos. Las tierras magallánicas se distribuían entre los parlamentarios y sus familiares. El ministro Rafael Sotomayor, culpable directo de la matanza de Santa María de Iquique, defendió al arruinado magnate salitrero español, Granja, de quien era su abogado. Los diputados especulaban en la bolsa de comercio y se compraban a precio de huevo las mejores estacas salitreras. Salvo el valiente diputado Echeñique, nadie condenaba el matrimonio morgamático entre la política y los negocios. Algo así pasa hoy día con los sobresueldos o con el enriquecimiento ilícito de Augusto Pinochet. Basta declararse loco para legar a su familia más de ocho millones de dólares. Nadie se extraña que los políticos reciban sobres con jugosas sumas en efectivo, o que ex ministros de la Concertación sean hoy asesores de empresas mineras extranjeras o de universidades del Opus Dei.

El libro de Felipe Portales constituye un enorme aporte al análisis crítico comparativo de nuestra historia, y abre nuevos caminos a quienes, con razón, no pueden estar conformes con la idealización de la genocida y autoritaria historia chilena, transmitida por siglos, por historiadores reaccionarios y repetida en cada aula, por profesores carentes de espíritu crítico, que se limitan a ser repetidores de los famosos mitos de la democracia chilena. Esta obra merece una mayor difusión; en vez de bodrios, como la famosa historia de Frías Valenzuela, o la actual, de Sergio Villalobos, el libro de Felipe Portales debiera ser una lectura obligatoria para nuestros estudiantes secundarios y universitarios. Desmitificar, desarrollar el

espíritu crítico, no aceptar las verdades absolutas, son las cualidades de un ensayo histórico como el de Felipe Portales, el cual aporta, por medio de un caudal de indagaciones e intuiciones novedosas y creativas, una nueva concepción de los procesos históricos contemporáneos de Chile.

La única crítica que se puede hacer a este libro es la pretensión de abarcar, en pocas páginas, temáticas muy amplias. Por ejemplo, la relaciones internacionales de Chile durante el período estudiado que de por sí pueden constituirse en una monografía independiente, por la importancia, actualidad y amplitud del tema. Lo mismo ocurre con las relaciones de los chilenos con los pueblos originarios. Pienso que la sola dedicación al tema de la falsificación de la voluntad popular y la falsedad de los mitos democráticos, pueden ocupar más de una investigación completa. La relación entre el poder y la riqueza constituye una pista interesante para un trabajo comparativo entre el período oligárquico plutocrático y la actual e interminable transición a la democracia. Estoy seguro de que investigadores como Felipe Portales podrán demostrar la falsedad de los índices que muestran a Chile como un país de baja corrupción.

## Notas

\* Historiador chileno, Magíster en historia de la Universidad de París, profesor de la Universidad Bolivariana.

<sup>1</sup> Ed. Nascimento, Santiago, 1980.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME: <http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: [archivochileceme@yahoo.com](mailto:archivochileceme@yahoo.com)

**NOTA:** El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2003 -2006 